

SERGIO PARRA

¡MECAGÜEN!

**PALABROTAS, INSULTOS
Y BLASFEMIAS**

ILUSTRACIONES
DE MALAGÓN

VOX

Dirección editorial: Jordi Induráin
Coordinación de la obra: Sofía Acebo
Redacción: Sergio Parra
Ilustración (interiores y cubierta): Malagón
Corrección: Pilar Comín y Laura del Barrio
Diseño de cubierta, gráficos, maquetación
y preimpresión: Víctor Gomollón

Primera edición: 2019

© LAROUSSE EDITORIAL. S. L.

Rosa Sensat, 9-11, 3.ª planta

08005 Barcelona

Telf.: 93 241 35 05

vox@vox.es

www.vox.es

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra esta protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes plagieren, reprodujeran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte y en cualquier tipo de soporte o a través de cualquier medio, una obra literaria, artística o científica sin la preceptiva autorización.

ISBN: 978-84-9974-317-2

DL: B-5599-2019

1E1I

SUMARIO

PRIMERA PARTE · Historia	11
Capítulo 1: Los orígenes del lenguaje soez	13
1.1. El volcán que conservó las palabrotas	16
1.2. Cuando las palabras obscenas se convirtieron en palabras cultas	22
1.3. Cuando todo lo que no era sagrado era sucio	25
1.4. El puritanismo como ascensor social	32
1.5. Del <i>fuck</i> al <i>nigger</i>	37
Capítulo 2: El lenguaje obsceno es universal, pero no todas las obscenidades lo son	40
2.1. La idiosincrasia del taco	44
2.2. Perdidos en la traducción: el <i>naming</i> o la creación de nombres de marcas comerciales	55
SEGUNDA PARTE · Los tabús por excelencia: religión y sexo	59
Capítulo 3: Me cago en...	61
3.1. Los orígenes de la blasfemia	64
3.2. El epicentro de la blasfemia	68
3.3. Últimos rescoldos	72
3.4. Herejes, ateos y beatos	82
3.5. Secularización (aparente y parcial)	86
Capítulo 4: Cuando te dicen <i>jódete</i>, date por jodido	91
4.1. Puta	96
4.2. Cerdo y guarro	98
4.3. Polla	99
4.4. Follar, joder y coño	102
4.5. Prácticas sexuales	108
TERCERA PARTE · Intentando ponerle puertas a lo soez	113
Capítulo 5: Censura	115
5.1. El tabú	119
5.2. El virus que hay que erradicar	121
5.3. Bicho malo nunca muere	127
5.4. Las cosas se complican (más)	130

Capítulo 6: Neopuritarismo: la dictadura de lo políticamente correcto	132
6.1. «Soy una buena persona»	133
6.2. El copo de nieve que se hace un selfi	136
6.3. No te rías de nada ni de nadie	143
6.4. Paranoia o selfi	148
Capítulo 7: La N-Word y el piii: la corrección política	156
7.1. <i>Nigger</i>	161
7.2. Efectos secundarios inesperados	166
Capítulo 8: Clasificador social	174
8.1. La imposibilidad de no clasificar	192
8.2. Y, pese a todo, cada vez somos menos clasistas	194
CUARTA PARTE - Ni tanto ni tan calvo	191
Capítulo 9: Comportamiento	193
9.1. El eufemismo y Sísifo	198
9.2. Ponerle el cascabel al gato	201
9.3. Es difícil ignorar los gritos	204
Capítulo 10: Bondades de las palabrotas	209
10.1. Catarsis y gestión de las emociones	210
10.2. Vocabulario más rico; o no	213
10.2. Palabras que nos hacen más humanos	217
Capítulo 11: Insultar sin insultar	220
Capítulo 12: Dosificar: el exceso devalúa	229
12.1. Palabras bien-mal o mal-bien	231
12.2. Controla tu entusiasmo	237
Epílogo	241
Agradecimientos	244
Bibliografía	245
Índice de palabrotas, insultos y blasfemias	251

Introducción: El lado oscuro

Todas las palabras sirven para algo; con ellas informamos, advertimos, solicitamos, exigimos, prohibimos... Pero hay un tipo de palabras que, más que ningún otro, ejerce un poder especial; como el que tienen los vocablos que emplea un hechicero y los que podemos encontrar en un grimorio. Se trata de voces que pueden alterar súbitamente el estado de ánimo de nuestro interlocutor, excluirnos de un grupo, adherirnos a otro, hacernos parecer maleducados o, incluso, propiciar que nos llevemos una buena hostia. Son las palabrotas, las groserías, las palabras tabú, los insultos: el lenguaje sucio.

Una serie de sonidos que nos obligan a considerar sus desagradables connotaciones (las asociaciones emocionales ligadas a ellos) por encima de su denotación (su definición en el diccionario). El lenguaje soez, pues, estaría emparentado con el lenguaje poético; pero si la poesía es el lado luminoso de la Fuerza, lo soez forma parte del lado oscuro. Además, hay palabrotas más intensificadoras de la connotación que otras (más poéticas que prosaicas, si continuamos con la analogía), como *mierda*, que, claramente, resulta una palabra capaz de producir más hedor, repulsa y sensación de suciedad que *caca*. Porque la hipérbole suele ser el tejido conjuntivo del insulto: con él no se persigue describir la realidad, sino exagerar hasta el paroxismo los defectos de aquel a quien queremos insultar.

El lenguaje nació para comunicarnos, pero también tiene un valor simbólico. Es capaz de aludir a cosas que no están presentes y crear una suerte de experiencia sensible con ellas; por esa razón, si hay algo que nos desagrada, preferimos no mencionarlo. Por otra parte, hay términos con mayor poder evocador que otros, por eso resulta más problemático decir *polla* que *pene*, pues hay palabras que nos aproximan más a las cosas a las que aluden y son más eficientes evocando imágenes y sentimientos asociados a ellas. De estas últimas, englobadas en el lenguaje considerado soez, las que están en la cúspide son las

que los antropólogos denominan tabú. A través de este lenguaje particularmente poderoso, evocador y prohibido, somos capaces de imaginar cosas que no deberíamos, de herir a los demás y de saltarnos las normas de convivencia. Es cierto, como dijo San Agustín, hablando con su hijo y discípulo Adeodato, que la palabra *ciénaga* es preferible a la *ciénaga* misma. Sin embargo, en ausencia de la segunda, la primera es lo que más se aproxima a lo que suscita. Además, hay palabras que resultan ofensivas o soeces (aunque no siempre sean insultos) en todas las lenguas conocidas. Disponer de un repertorio de términos de este tipo cumple el servicio de manifestar explícitamente una carga agresiva o de una forma inmediata y sin fisuras que algo nos resulta gravoso desde el punto de vista físico o emocional, y no hay lengua que escape a esa necesidad.

El lenguaje indecoroso también forma parte de las estrategias de convivencia y gestión de las emociones. La palabrota, entonces, acaba teniendo la misma función que las lágrimas, como cualquier otra manifestación emocional: es una prueba de que el dolor, la rabia o la alegría son reales. Las personas que dicen estar tristes pero no lloran o no exhiben signos de esa tristeza no nos despiertan tanta conmiseración. De la misma manera, quienes no se cagan en los muertos más frescos de alguien quizá no susciten la sensación de que están enfadados de verdad.

Es lógico, pues, que esas palabras mágicas suelen referirse a lo que socialmente se considera sagrado (religión, raza, origen familiar o nacional) o tabú (escatología, determinadas partes del cuerpo, sexo, humor negro), ya que permiten liberar la tensión emocional con expresiones excesivas o hiperbólicas (blasfemia, maldición, reniego, juramento) o aludir a un destinatario concreto en forma de improperio, insulto, desprecio, ridiculización o estigmatización.

Si, en vez de recurrir a esa clase de palabras mágicas, usamos eufemismos, entonces no logramos borrar de un plumazo lo que ya tenemos en la cabeza. Lo que hacemos, en realidad, es evitar que los demás adivinen lo que pensamos y cuánto nos afecta en el plano emocional: los eufemismos son los disfraces de la mente.

Las palabrotas son voces tan especiales que se han registrado casos de personas que perdieron el habla y, sin embargo, pueden seguir maldiciendo, lo que sugiere que se trata de voces distintas del resto y que están conectadas de alguna forma con el cerebro más primitivo.

Ahora bien, que las palabrotas procedan de la mente no significa que la modelen; es decir, pronunciar una palabrota no nos convierte en un rufián, ni provoca que tengamos malos pensamientos ni ensombrece nuestra escala de valores. Es justo al contrario: el vocabulario que escogemos para expresarnos refleja lo que anida en nuestra mente, sea malo o bueno (y si eres un hipócrita que emplea eufemismos sin descanso, entonces solo reflejará lo bueno).

Las palabras no predisponen a las personas a tener una actitud u otra; por eso resulta tan estéril esconder tras los eufemismos los términos con connotaciones despectivas; la gente dirá las cosas de otra manera, pero seguirá pensando lo mismo. La mera existencia del eufemismo es, precisamente, la prueba del poder inconmensurable del lado oscuro de la poesía, es decir, el lenguaje soez, el vocabulario forjado durante generaciones y que guardamos en la parte más antigua e instintiva del cerebro.

El poder que albergan estas palabras ha llevado en muchas ocasiones a tratar de prohibirlas, censurarlas o regularlas, como si fueran virus que pudieran corromper la recta moral de los ciudadanos. Sin embargo, todos esos intentos de hacerlas desaparecer han sido tan ímprobos como ineficaces; como muestra, un botón: *hijo de puta*. Porque los idiomas no son fáciles de domar y distan de ser prístinos, su mero uso hace que cambien, muten y generen figuras preciosas y otras horripilantes; palabras seductoras y palabras despreciables. Si un idioma fuera perfecto no sería ambiguo, sería sistemático en lugar de idiosincrásico, sería estable en el tiempo (lo que nos permitiría entender sin problemas lo que escribían nuestros antepasados), no sería redundante (y no perderíamos tiempo ni energía) y, sobre todo, sería capaz de transmitir cada uno de nuestros pensamientos con precisión (algo muy poco frecuente habida cuenta de los continuos malentendidos entre hablantes). Si un idioma fuera perfecto, si hubiera sido concebido con escuadra y cartabón en un estudio de diseño, cada sonido se pronunciaría siempre igual, cada oración reflejaría la realidad como lo hace una fórmula matemática. Pero los idiomas no funcionan así; y el cerebro, tampoco. Por eso existe la poesía. Y las palabrotas.

Y como el lenguaje, particularmente el soez, es tan difícil de monitorizar porque su mera observación o uso hace que cambie como lo hace una partícula subatómica regida por las leyes de la mecánica cuántica, tomemos las gafas de leer, el telescopio para mirar con pers-

pectiva, el microscopio para examinar de cerca y exploremos con cuidado. Primero descubriremos los orígenes de estas palabras tan poderosas y su capacidad de prosperar en todas las culturas del mundo. En segundo lugar, nos refocilaremos entre las procacidades y los insultos más virulentos, esto es, los que emanan del sexo y la religión para pasar, en tercer lugar, a viajar por el terreno minado de la censura y de todos los intentos por controlar el lenguaje políticamente incorrecto, lo que ha permitido que nazca la que es la generación más ofendida de la historia de la humanidad, a pesar de ser la que menos razones tiene para ofenderse. En cuarto lugar, y para acabar, profundizaremos en el poder de las palabras prohibidas para responder a esta pregunta: ¿son capaces de modificar nuestra conducta? Y si lo hacen, ¿acaso no la modifican a mejor y no para mal? Y para no conformarnos con una postura maniquea, terminaremos este proceloso viaje por la obscenidad y el insulto concluyendo que sí, a veces, y solo a veces, es mejor decir *hijo de fruta* que *hijo de puta*.

PRIMERA PARTE

HISTORIA



Capítulo 1: Los orígenes del lenguaje soez

Con solo hacer unos ruiditos con la boca, conseguimos que en la mente de otra persona surjan nuevas combinaciones de ideas. Esta capacidad nos resulta tan natural que tendemos a pasar por alto lo asombroso que es.

Steven Pinker, *El instinto del lenguaje*

Sé que no vais a creerme, pero no elegí esta profesión solo por el dinero. Me encanta inventar frases. Ningún trabajo proporciona tanto poder a las palabras. Un redactor publicitario es autor de aforismos que se venden. Por más que aborrezca aquello en lo que me he convertido, tengo que admitir que no existe ninguna otra profesión en la que uno pueda discutir durante tres semanas a propósito de un adverbio.

Frédéric Beigbeder, *13,99 euros*

Empecemos siendo sinceros: No sabemos cuándo ni por qué nació el lenguaje soez, pues ni siquiera sabemos cuándo ni por qué nació el lenguaje. De hecho, tan solo disponemos de un puñado de hipótesis sobre esto último, pero son tan diversas que lo único que ponen de manifiesto es cuán perdidos andamos al respecto. Algo así como buscar al asesino de *Asesinato en el Orient Express*, de Agatha Christie: resulta muy difícil determinar quién, de todos los sospechosos, es el verdadero culpable porque todos lo son por una u otra razón (dispensad el *spoiler* [*destripe*, en castellano]). No obstante, hay algunas hipótesis sobre la aparición del lenguaje y de ellas estas son las más verosímiles:

- Surgió por evolución de la maquinaria neural para controlar los músculos de la boca.
- Fue un efecto secundario del aumento de tamaño del cerebro respecto al de otros primates.
- Es una prolongación de la capacidad para representar el espacio.
- Nació para cubrir nuestra necesidad de chismorrear y, por tanto, de determinar quiénes eran nuestros aliados.
- Fue una sofisticación del cortejo y la exhibición sexual.

Puede, incluso, que todo sea producto de la mutación de un simple gen, el *FOXP2*, que influye en la coordinación de los músculos implicados en la articulación de palabras. Para complicar más las cosas,

las investigaciones de Dan Dediu y Stephen C. Levinson, del Instituto Max Planck para la Psicolingüística (Nijmegen, Países Bajos) sugieren que los neandertales también usaron el lenguaje oral, lo que cuestiona la idea de que es propiedad exclusiva del *Homo sapiens*.

Probablemente, todos estos enfoques alberguen parte de verdad y la capacidad de hablar no surgiera súbitamente como resultado de mutaciones genéticas, sino que el lenguaje sería fruto de la acumulación gradual de innovaciones culturales y biológicas, que se imbricarían y retroalimentarían. Todas lo hicieron, como en el relato de Agatha Christie.

Sea como fuere, no sabemos con seguridad si algo de lo anterior es cierto, ya que las lenguas, a diferencia de los animales, no dejan fósiles que muestren los eslabones perdidos. En lo que sí parece haber cierto acuerdo es que, hace unos 160 000 años, la selección natural nos equipó con un órgano fonador particularmente refinado para ejecutar una vocalización única en toda la naturaleza, a la vez que nos lastraba con la incapacidad de tragar alimentos y respirar al mismo tiempo. El resultado de este regalo evolutivo fue espectacular, porque, como señala A. Nowak, profesor de biología y matemáticas en la Universidad Harvard Martin, en su libro *Supercooperadores*, «si consideramos los seis mil lenguajes conocidos, la garganta puede generar alrededor de mil sonidos lingüísticos». Un instrumento *carroso* tan preciso que es difícil resistirse a la tentación de aceptar la existencia del equivalente creacionista a un *luthier*.

También continúa siendo un misterio la razón por la que los humanos pueden hablar y, en cambio, son incapaces de hacerlo los chimpancés, aunque comparten el 98 % del material genético. Sí, es cierto que se ha demostrado que los chimpancés y los gorilas pueden aprender el significado de símbolos cotidianos cuando se los adiestra para ello. En *Consilience*, Edward O. Wilson habla de Kanzi, un bonobo, o chimpancé pigmeo (*Pan paniscus*), que dominaba un vocabulario de una decena de términos con los que construía frases agramaticales a pesar de que usaba palabras correctas. Sin embargo, estos animales son incapaces de inventar lenguaje simbólico y, en realidad, «los grandes simios permanecen silenciosos durante la mayor parte del tiempo», a diferencia del *Homo sapiens*, que parece ser el único simio verdaderamente parlanchín y, por lo que sabemos, la única criatura capaz de articular palabras en todo el universo.

Tanto es así que, si se dejan a solas unos bebés de *Homo sapiens*, practican lo que se llama *habla de cuna* (una serie de chillidos, arrullos y monosílabos sin sentido que irá evolucionando hacia palabras y frases cada vez mejor construidas), como si se dedicaran en secreto a ejercitar las habilidades comunicativas que han estado adquiriendo tras observar cómo interaccionan los adultos. Gracias a un inquietante experimento realizado a principios de la década de 1980, el llamado *Narratives from the Crib* (en español, ‘Narraciones desde la cuna’), ahora sabemos cómo es el idioma propio de los bebés. Un grupo de psicólogos y lingüistas, dirigido por Katherine Nelson, de la Universidad de Harvard, descubrió que el lenguaje de los bebés es más adulto, complejo y avanzado cuando están solos que cuando interactúan con los adultos. A los 32 meses de edad, el vocabulario, la gramática e, incluso, la estructura de las oraciones de los bebés hablando entre sí es un sinfín de cuentos y narraciones que explican y organizan todo lo que les ocurre durante el día. Como escribe Malcolm Gladwell en *La clave del éxito* al referirse a uno de los sujetos del estudio, llamada Emily: «A lo largo del soliloquio, incluso, se permite hacer comentarios sobre lo animada que se va poniendo la cosa (“¿A que es divertido?”)». Desde que aprende a decir las primeras palabras hasta los 17 años, una persona tiene una tasa de aprendizaje de una palabra nueva cada noventa minutos. Como explica Nowak, «asimilar este vocabulario es un trabajo colosal, parecido a la memorización de 50 000 números de teléfono con todo tipo de asociaciones».

Así pues, parece que el cerebro nos empuja a que hablemos. El lenguaje, sencillamente, parece una capacidad preinstalada en el cerebro humano, que acaba por activarse si una persona nace y crece rodeado de otros humanos que hablan. En caso contrario, el lenguaje no llegará a desarrollarse nunca; de hecho, un humano que llegue a adulto sin haber estado expuesto a ninguna lengua será incapaz de hablar con fluidez en toda su vida. La existencia de este programa babélico únicamente preinstalado en el cerebro de una especie de los millones que habitan la Tierra es un misterio: de alguna manera estamos obligados a hablar.

No obstante, si bien son muy pocas las certezas sobre los orígenes del lenguaje, algunas sí que hay; vamos tropezando con pistas a lo Hércules Poirot, recorriendo los vagones del *Orient Express*. Por ejemplo, no hay duda ya sobre la coevolución del cerebro y del len-

guaje y se va confirmando que nuestra capacidad lingüística parece innata y no depende directamente de la inteligencia o de un talento global para aprender, como explica Susan Blackmore en *La máquina de los memes*:

De hecho, nadie aprende a hablar por medio de una corrección sistemática de sus errores ni escuchando atentamente y copiando sin cesar lo que ha oído. Al parecer, se trata, simplemente, de un proceso de adopción que utiliza un mínimo de inputs o material entrante para elaborar más adelante un habla rica en estructuras gramaticales.

Por esa razón, todos los humanos se comunican casi de la misma manera. Dos ejemplos: desde los cazadores-recolectores y grupos tribales remotos hasta los hablantes de los países industrializados, todos utilizan códigos lingüísticos elaborados; cualquier niño de cualquier parte del mundo puede hablar con corrección gramatical a los tres o cuatro años de edad. Es lo que Steven Pinker, psicólogo cognitivo de la Universidad de Harvard, denomina *instinto del lenguaje*, un fenómeno que nos distingue de todas las demás especies del planeta y que explica por qué es inútil enseñar a hablar a un chimpancé: los individuos de esta especie no usan un lenguaje con una estructura gramatical organizada y no disponen de la capacidad innata de aprenderla.

El lenguaje, pues, está íntimamente ligado al cerebro humano y, dentro de ese paradigma, cabe incluir la modalidad soez, grosera y blasfema que nos ocupa en este libro.

1.1. El volcán que conservó las palabrotas

Cabe preguntarse si el lenguaje soez y los insultos nacieron a la vez que la capacidad de hablar. Difícil de responder. Solo podemos corroborar la existencia de las palabras a través de pruebas materiales, como inscripciones o documentos escritos, que son el equivalente a los fósiles de dinosaurios y el ámbar con mosquitos. Pero, aunque es natural y espontáneo que el lenguaje oral acabe escrito, depende de un proceso artificial, antinatural y poco intuitivo, como explica Nicholas Carr en *Superficiales*: «Leer un libro significaba practicar un proceso antinatural de pensamiento que exigía atención sostenida, ininterrumpida, a un solo objeto estático». Leer es tan extraño que, una

vez que conseguimos hacerlo, el cerebro comienza a modificarse de forma monitorizable. El cerebro lector, de hecho, entiende de otra manera el lenguaje, procesa de forma diferente las señales visuales e, incluso, razona y genera los recuerdos mediante otros procedimientos, como explica la psicóloga mexicana Feggy Ostrosky Shejet.

Durante muchos siglos, no hemos tenido tecnología ni soportes para escribir y permitir que otros leyeran lo que se escribía, con lo que el lenguaje escrito, llegó mucho más tarde, y, cuando lo hizo, en la Antigüedad, no solo quedaron plasmadas expresiones formales, sino también algunas obscenas, groseras o insultantes. Por ejemplo, la *Epopéya de Gilgamesh*, la narración épica más antigua conocida (datada hacia 2500-200 a. C. y descubierta en 1844), contiene muestras de ese registro. En esas tablillas de arcilla cocida que cuentan las peripecias de un rey mesopotámico, podemos leer, descifrando los caracteres cuneiformes, esta frase: «Padre mío, ¡Gilgamesh ha acumulado insultos sobre mí! Gilgamesh ha enumerado mis hediondos hechos, mi fetidez y mi impureza».

De hecho, con el desarrollo y la expansión de la escritura, también probablemente se tornaron más ricas y creativas las formas del lenguaje procaz, pues el vocabulario de las culturas letradas incrementó su riqueza lingüística. Por ejemplo, el vocabulario inglés, limitado a unos pocos miles de palabras, aumentó a más de un millón con la proliferación de los libros; y quien tiene más formas de decir una cosa también tiene más maneras de insultar.

De la antigua Grecia nos han llegado las imprecaciones que se dedicaban unos a otros filósofos como Diógenes, al que se considera autor de un libro sobre la figura de Platón cuyo título no deja lugar a dudas sobre las intenciones: *Pórdalo* ('pedorro'); o como el filósofo sofista socrático Arístenes, que también le dedicó uno de sus libros: *Sathon* ('apestoso'), un inocente juego con el nombre de Platón. Otro filósofo, Timón, llamaba al estoico Zenón «vieja pescadora fenicia» y decía de él que tenía «menos intelecto que una cuerda o sarta de tonterías». Timón era un verdadero virtuoso en el arte del insulto como explica el filósofo de la Universidad de Oxford Matthew Stewart en su libro *La verdad sobre todo*:

Su palabra favorita era *typhos*, como *tifón*, que significa 'viento', 'bruma' o 'niebla'. Podríamos traducir el término como *flatulencia verbal*.

En cualquier caso, Timón pensaba que todos los demás filósofos eran *typhos*. Se refería a los filósofos en general como «fuelles humanos rellenos de engreimiento conceptual».

Por su parte, Aristófanes emplea en sus comedias dieciocho veces el término *péos*, que procede de la misma raíz indoeuropea que *pene*; una voz que debía considerarse vulgar y obscena, pues no aparece ni una sola vez en toda la obra de medicina de Galeno, como señala el profesor de cultura clásica en la Universidad de Cambridge J. C. McKeown en *Gabinete de curiosidades griegas*: «Este autor evita incluso emplear el término perfectamente decoroso, pero, por lo demás, directo, *phallos*, y prefiere uno más delicado, *aidoion* ('partes pudendas')».

Más profundo es nuestro conocimiento de las fuentes escritas del latín y, por extensión, de las palabrotas que se proferían en la antigua Roma. Las primeras muestras de ellas aparecen en las poesías satíricas de Cayo Valerio Catulo y Marco Valerio Marcial, así como en el anónimo *Priapeos* y en las *Epistulae ad Familiares* ('Cartas a mis amigos') de Cicerón, donde trataba específicamente el tema de las groserías. Con todo, sin duda, la fuente más interesante y fidedigna de lenguaje soez popular de esa época son los grafitis que se hallaron por casualidad en una ciudad detenida en el tiempo: Pompeya.

Y así, desde el decoro de las elegías, pasando por las sátiras y los epigramas, se llega a las cloacas de la lengua: los grafitis, ese hábito de decorar las paredes de los baños del instituto o de la facultad está íntimamente vinculado a aquellos textos que se escribieron en paredes o muros (muchos de ellos derrumbados o deslucidos, excepto los de Pompeya). No hemos cambiado tanto. Fundada en el siglo VII a. C., la ciudad de Pompeya era muy conocida porque los patricios la tenían como lugar de vacaciones. Una apacible tarde como otra cualquiera, la del 24 de agosto del año 79, se oyó un lejano trueno y el suelo se estremeció. El Vesubio estaba empezando a escupir materiales a más de mil grados Celsius de temperatura. Se estima que la erupción fue unas quinientas veces superior al de la bomba lanzada sobre Hiroshima el 6 de agosto de 1945. La lava alcanzó la ciudad a una velocidad de 110 kilómetros por hora, sin posibilidad de que nadie escapara, y sumió a Pompeya en el olvido durante siglos. Fue una tragedia, pero, por contrapartida, aquel proceso conservó la ciudad como un insecto encerrado en ámbar. Una ciudad detenida en el tiempo hasta que, en 1748, se comenzó a excavar la zona y se descubrió el museo natural

que yacía bajo el suelo; la ciudad no fue identificada hasta 1763. Se recuperaron unos mil quinientos cadáveres fosilizados, una ínfima parte del total de víctimas, entre las que se encontraba el célebre escritor y científico Plinio el Viejo, pero también herramientas, esculturas, viviendas... Goethe, un gran aficionado a visitar ruinas arqueológicas, se acercó en dos ocasiones a Pompeya, en 1787, y llegó a afirmar: «Han ocurrido muchas calamidades en el mundo, pero ninguna ha proporcionado más entretenimiento a la posteridad que esta». Porque Pompeya, más que un resto arqueológico, es un viaje en el tiempo.

Entre los edificios, los cadáveres fosilizados y demás, también se descubrieron grafitis de las paredes interiores y exteriores de las viviendas, en las columnas del foro, en las letrinas públicas, en las lápidas y hasta en las balas de honda disparadas contra los enemigos, que eran el refugio de los tabús más execrables. Hasta tal punto debieron de ser abundantes que podemos llegar a leer: «Oh, pared, estoy sorprendido de que no hayas caído desde que sostienes los repugnantes garabatos de tantos escritores».

¿Qué mejor soporte para escribir que una pared con la escasez de otros soportes como el papiro o la vitela? En ellas se escribían los precios de las mercancías de las tiendas y la propaganda electoral («Los orfebres impulsan unánimemente la elección de Gatius Cuspius Pansa como edil»). También se encontraron recompensas, al estilo de los carteles de «Se Busca» del Lejano Oeste («Se ha sustraído una cacerola de cobre de esta tienda. Quien la devuelva recibirá un premio de 65 sestercios»). Incluso había sitio para el arte, pues las primeras palabras de la Eneida (*arma virumque cano*, ‘canto a las armas y al héroe’), aparecen escritas en diecisiete ocasiones. Y, naturalmente, también cabían expresiones procaces de toda índole que tuvieron que salir de la mano de ciudadanos alfabetizados en una sociedad en la que alrededor del 80 % de las personas eran analfabetas.

Según explica Virgilio Ortega en su libro *Palabrotalogía*, gracias a la tragedia del Vesubio se han conservado miles de grafitis y un porcentaje significativo de ellos son obscenos. En una letrina pública, por ejemplo, se lee «Encolpius hic bene cacavit» (‘Encolpio cagó bien aquí’). En la entrada de una panadería se halló el relieve de un pene acompañado del siguiente mensaje: «Hic habitat felicitas» (‘aquí se encuentra la felicidad’). En las puertas de los lupanares se escribían

comentarios y recomendaciones («Sucesa, la esclava, tiene un buen polvo»), dejando de paso constancia de la rica sinonimia para aludir a las prostitutas, como *meretrix* ('meretriz'), *concupina* ('mujer con quien se comparte otro lecho o cubículo, sin estar casados') o *culiola* (del latín *culus*, 'culo', para especificar que ofrecía coito anal).

En la película *La vida de Brian*, de Monty Python, un grupo revolucionario le pregunta al Frente Popular de Judea: «¿Qué han hecho los romanos por nosotros? (...) Aparte del alcantarillado, la sanidad, la enseñanza, las carreteras, los sistemas de riego, los baños y el orden público». A esto podrían haber añadido la creatividad en lo tocante al registro más vulgar de la lengua. De la Roma de hace dos mil años, nos llega un «Si lees esto, eres un marica», expresión que no está muy lejos de algunas que nos suenan muy cercanas. Y es que, según Melissa Mohr autora de *Holy Sh*t: A Brief History of Swearing*, la idea romana de obscenidad guio el posterior desarrollo que hicimos del concepto, junto con el republicanismo, el calendario juliano y numerosos clásicos literarios.

Tampoco estamos muy lejos del símil entre *pene y mente* del *Priapeos* cuando decimos que alguien piensa con la polla o cuando se afirma de ella que es un «cerebro pendular» o «el cerebro colgante», como vemos en este fragmento:

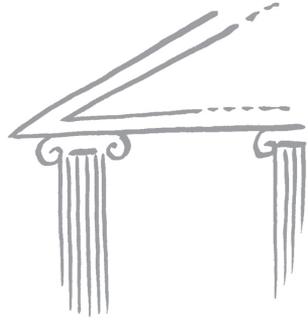
Obscenis, peream, Priape, si non
uti me pudet improbisque verbis
sed cum tu posito deus pudore
ostendas mihi coleos patentes
cum cunno mihi mentula est vocanda

Donde *mentula* ('polla') procede del diminutivo de *mens, mentis* que significa 'mente'. La traducción sería más o menos esta: «Preferiría morir antes de utilizar palabras obscenas e impúdicas, pero cuando apareces, como un dios, con las bolas colgando, me resulta apropiado hablar de coños y pollas».

Con todo, los romanos disponían de un catálogo lingüístico de temática sexual un poco distinto al nuestro. Si para los anglófonos las peores palabrotas en inglés son seis (las equivalentes a *coño*, *follar*, *polla*, *culo*, *mierda* y *mear*), en latín había diez palabras en el pódium: *cunnus* ('coño'), *futuere* ('follar'), *mentula* ('polla'), *verpa* ('polla erecta o circuncidada'), *landica* ('clitoris'), *culus* ('ano'), *pedico* ('sodomizar'),

LOS PRIMEROS GRAFFITIS DE LA HISTORIA

ABUÍ SE ENCUENTRA
LA FELICIDAD



ES EL FAMOSO
BANKSY DE
POMPEYA



caco ('mierda'), *irrumo* ('practicar una felación violentamente') y *fello* ('practicar una felación'). Una diferencia destacable es la palabra *clitoris*, que no se considera obscena hoy en día, pero que en latín era de una obscenidad mayúscula; asimismo, cabe reseñar que los romanos no convirtieron en insultos los términos relativos a la orientación sexual, aunque sí lo hicieron con el grado o el tipo de actividad sexual; es decir, no importaba si eras heterosexual u homosexual, sino el rol en la relación: *cinaedus* ('activo') o *pathicus* ('pasivo').

Lo que sí sabemos es que, para los romanos, el insulto estaba destinado a causar dolor y por ello no era extraño que los generales se dejaran acompañar en los desfiles por un prisionero llamado *insultator*, quien les dirigía maldiciones y obscenidades con dos finalidades: la primera, dejar paladina constancia del dolor que las victorias romanas habían infligido a los vencidos; y la segunda, evitar que el general se dejara arrastrar por el engreimiento y la soberbia exacerbados en su día de gloria.

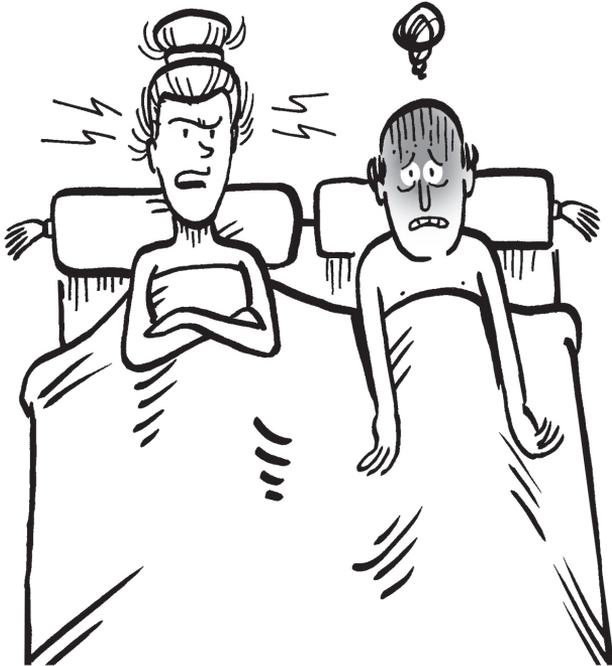
1.2. Cuando las palabras obscenas se convirtieron en palabras cultas

Muchos términos que en latín tenían connotaciones obscenas desaparecieron en su camino hasta las lenguas románicas; incluso algunos han llegado a formar parte de la terminología médica como si fueran grises polillas transformadas en bonitas mariposas. Además, durante siglos, se fue agrandando la brecha entre el latín clásico, empleado por las élites instruidas y que permaneció relativamente estable durante siglos, y el latín vulgar (*vulgar* no significa malsonante y grosero), que evolucionó rápido y fue el germen de las lenguas latinas, o romances, (francés, italiano, español, catalán, gallego, portugués, etc.).

Uno de los recursos para ir sustituyendo las palabras tabú fue el utilizar voces propias de registros cultos (que no estaban al alcance de todos los hablantes) dentro de actos de habla de carácter desenfadado, coloquial y espontáneo. Fue así como ese vocabulario exquisitamente culto fue desactivando el efecto ponzoñoso del lenguaje grosero. Eufemismos, al fin y al cabo. Si pretendemos buscar un símil, sería como si insultásemos con latinajos: probablemente, a oídos de nuestro interlocutor, quedaría mitigada la ofensa. Ese recurso lo heredaron las

POCOS SABEN QUE LAS DIEZ
PALABRAS INNOMBRABLES DEL
LATÍN ERAN EN REALIDAD ONCE,
ESTA ÚLTIMA ERA LA MÁS
TEMIDA

GATILLAZUS



lenguas romances, lo que explicaría por qué *pene*, un término obsceno en latín culto, acabó siendo un término formal en español; o *vagina*, que originalmente era una metáfora muy burda de los órganos sexuales femeninos (la «funda, estuche» o «vaina» donde el hombre introduce «su arma»), como se lee en las comedias de Plauto. En 1641 el anatomista alemán Johann Vesling usó por primera vez la palabra *vagina* en sentido técnico-médico, pues ya estaba despojada de cualquier connotación obscena. Por su parte, *felación* y *cunnilingus*, en latín, eran malsonantes (tanto como ahora lo son *mamada* y *comer el coño*); sin embargo, ahora, en el español del s. XXI suenan neutros y se han desprendido de aquellas connotaciones.

En este proceso de blanquear las expresiones obscenas mediante palabras cultas que antaño lo fueron hubo altibajos, idas y venidas, giros de ciento ochenta grados y muchos otros procesos culturales que se propagaron por las lenguas a lo largo de siglos. Por ello, tras dejar atrás a griegos y romanos, empezó a despuntar un lenguaje tabú de nuevo cuño, un registro obsceno en sí mismo que ya no se centraba tanto en las prácticas sexuales y las partes íntimas de la anatomía: había llegado la blasfemia. Porque en latín no existía un término para ‘injuria contra Dios o las cosas sagradas’. La *blasfemia* era simplemente ‘difamación’ y el *peccatum*, ‘falta, error o delito de carácter menor’. El único vocablo que designaba una ofensa religiosa era *sacrilegium*, que hacía referencia al robo de un objeto sagrado o el atentado contra bienes u obras públicas, tales como los acueductos o los edificios, porque estaban dedicados a la divinidad. Así pues, fueron el cristianismo y otras religiones monoteístas las que introdujeron el concepto de pecado en la cultura occidental, en el sentido de castigo *post mortem* que conduce al pecador al infierno, pues entre griegos y romanos no existía un infierno para castigar a los impíos. De esta manera, algunas palabras que no tenían un sentido pecaminoso, adquirieron sentidos nuevos, como es el caso de *luxuria*, que significaba ‘exuberancia, exceso, suntuosidad, voluptuosidad, lujo desenfrenado’ y que acabó adoptando la acepción de la actual *lujuria*, el deseo y actividad sexual exacerbados, convertida en uno de los siete pecados capitales.

Para las religiones monoteístas, mentar a Dios también es objeto de reprobación. Por ejemplo, en Éxodo 20, 7, se dice: «No tomarás el nombre del señor tu Dios en vano, porque el señor no tendrá por inocente al que tome su nombre en vano» (solo estaba mal si era en vano),

pero en el Nuevo Testamento se restringen las reglas y jurar en nombre de Dios ya es motivo de desaprobación extrema, como pone de manifiesto el Sermón de la Montaña. Algunos exégetas, sin embargo, sostienen que se puede jurar siempre y cuando esté muy justificado, como también mantuvieron otras autoridades como san Agustín y santo Tomás de Aquino. En cualquier caso, hablar de los testículos de Dios, como leíamos en *Priapeos*, era del todo impensable.

El Nuevo Testamento es más severo y restringe incluso los usos eufemísticos; así, señala que no solo basta con evitar la fornicación, sino que también hay que rehuir hablar de ella, como si el solo pensamiento pudiera llevar a la acción (ironizando: por mucho que pensemos en matar al prójimo no nos hemos convertido en asesinos en serie, ¿no? Pues no). Pero tampoco podemos volver la vista hacia otro lado cuando están a la orden del día comentarios como «ver porno propicia la violación» o «jugar a videojuegos violentos propicia la violencia».

1.3. Cuando todo lo que no era sagrado era sucio

En Europa, a lo largo de la Edad Media, el ámbito de lo sagrado fue el que proporcionó los tabús más floridos y, dejando las blasfemias aparte para tratarlas en el capítulo 3, nos centraremos en la identificación de lo que no es sagrado con la suciedad y lo denostable. Giovanni Balbi de Génova en su diccionario latino del siglo XIII, el *Catholicon*, hace derivar *obsceno* de *ob* ('una cantidad de') y *cenum* ('suciedad, inmundicia, mugre'), si bien Joan Corominas dice que su origen en latín es oscuro. En aquella época, lo más sucio era el propio cuerpo y todo lo relativo al producto de las funciones excretoras; según el papa Inocencio III, en los esputos, la orina y los excrementos se encontraba la «vil innobleza de la existencia humana».

En el caso de las manifestaciones artísticas, a pesar de que el cristianismo trataba de evitar la obscenidad extirpando los tópicos sexuales, adoptó una curiosa permisividad con la representación de ellos, tal y como analiza el docente e investigador de la Universidad de Cantabria Fernando Villaseñor Sebastián en su estudio *Obscenidad en el margen*:

Contrariamente al pensamiento universalmente asumido que supone la Edad Media dominada por una dura e intolerante religiosidad, ma-

nifestaciones de lo que podría ser considerado como obsceno —personajes desnudos en posiciones lúdicas o agresivas, orificios anales, órganos sexuales masculinos y femeninos hiperbolizados y humanizados, felaciones, defecaciones, coitos, explícitos actos homosexuales, etc.— aparecen en el arte medieval y en la literatura, emergen, en la mayoría de las ocasiones, de un contexto eclesiástico y mantienen un diálogo con el mismo.

En la poesía trovadoresca, por ejemplo, encontramos metáforas sexuales o comportamientos moralmente ofensivos, como las hazañas sodomitas de un bien dotado obispo narradas por Guilhem de Berguedà. Probablemente el culo era la parte más execrable del cuerpo humano y el colmo de la obscenidad para la Iglesia de la Edad Media, hasta el punto de que la sodomía se castigaba en España con pena de muerte, como estipulaba el Fuero Real de Alfonso X el Sabio (ley II, título IX, lib. IV). Íntimamente vinculados a ese asunto, aparecen los insultos que asociaban la penetración anal con ser fastidiado, como *fodidencul* ('el que había sido penetrado analmente con consentimiento o sin él'), voz latina que procede de *fututus in culum*, la denominación que se daba al sodomita pasivo, un «jodido en el culo». La gravedad de este tipo de prácticas se equiparaba al hecho de ser prostituta o cornudo, como señala el fuero citado:

Qual quier que a otri denostare et quel dixiere gafo, o fududínculo, o
[carnudo (...),
o a mugier de su marido puta desdígalo antel alcalde et ante omnes
[bonos al plazo
que pusiere el alcalde et peche.

La arquitectura y las artes decorativas también recogen ese gesto de separarse las nalgas con las manos para exhibir el ano, muy al estilo Shin Chan, pues se consideraba una forma efectiva de ahuyentar al diablo; sin ir más lejos, se puede ver esa imagen en la crestería de la catedral de León.

Las disputas eclesiásticas por vía epistolar también ofrecen muestras de un lenguaje obsceno particularmente creativo, como la que protagonizaron en el siglo VIII un arzobispo de Toledo, Elipando, y el monje de *Comentarios al Apocalipsis*, el beato de Liébana, donde el segundo tilda al primero de ser el «cojón del Anticristo» a propósito

de una herejía llamada *adopcionismo*. Elipando le replicó al beato que su boca era hedionda y él fetidísimo.

Y llegamos a Pedro Abelardo, uno de los máximos exponentes de la literatura goliardesca, movimiento poético culto que floreció en Alemania, España, Francia e Inglaterra y que se centraba en exaltar el vino, el amor, el sexo, los placeres corrientes o, simplemente, la vida alegre. Los goliardos (*goliardi*) y clérigos vagantes (*clerici vagantes*) fueron calificados por sus detractores como *bohemos*, *falsos estudiantes*, *turbadores del orden*, *vagabundos*, *bribones*, *juglares* (con el sentido de *farsantes* y *charlatanes*) y *bufones*. En España, también se los llamó *sopistas* y de ellos derivaría la actual tuna. En Francia recoge esta tradición François Villon, clérigo, poeta y delincuente, a quien ahorcaron por asesinar a un religioso tras lamentarse en estos términos: «Saura mon col que mon cul poise» ('Sabrá mi cuello que mi culo pesa'). También es representativo en Francia, si bien posterior, François Rabelais, cuyo estilo satírico-popular, apreciable en *Gargantúa y Pantagruel*, consiguió alcanzar un grado de escatología que ruborizaría a los guionistas de *South Park*, con fragmentos dedicados, por ejemplo, a un retrete que habla con el usuario:

Cargante, bostante, pedante, cacoso, tu coso colgante bajante a mi foso, guardoso, mierdoso, asqueroso, ¡San Telmo te espante si todo agujero mugroso, trasero, no limpias entero cuando te levantes!

La cómoda convivencia entre lo escatológico y lo sagrado durante la Edad Media nos resulta chocante; mientras los juramentos aludían a las partes del cuerpo de Jesucristo («por los huesos de Cristo») y el sacerdote conjuraba el cuerpo físico de Cristo en una oblea, las alusiones a los excrementos no estaban tan mal consideradas, quizá porque se disfrutaba de menos privacidad de la que nosotros exigimos. Que varias personas durmieran en una misma cama o usaran las letrinas a la vez hizo que tuvieran un concepto del pudor distinto al nuestro.

A finales de la Edad Media y con la llegada del Renacimiento, el teocentrismo fue sustituido gradualmente por el antropocentrismo. La imprenta de Gutenberg facilitó el acceso de más gente a la literatura, lo que trajo consigo una preocupación mayor por la ortografía y la lingüística, pero también por ofrecer a esos nuevos lectores historias que conectaran con su vida cotidiana. Este fenómeno fue particularmente interesante en España, donde surgió el género de la

picaresca con el *Lazarillo de Tormes* (1554) y se consolidó con el *Quijote* (1605 y 1632), que aspiraba a combatir la idealización de las narraciones del Renacimiento (epopeyas, libros de caballerías, novela sentimental y novela pastoril) retratando los aspectos más sórdidos de la vida. De hecho, *Gargantúa y Pantagruel*, que empezó a aparecer en 1532, constituyó un punto de inflexión en el Renacimiento, como explica Umberto Eco en *Historia de la fealdad*:

En él no solo se reconsidera y plagia con extraordinaria originalidad la antigua cultura popular en sus formas más licenciosas, sino que lo obsceno rabelaisiano ya no aparece (o no solamente) como característica plebeya: se convierte más bien en lenguaje y comportamiento de una corte real. Y aún más. La ostentación de la chocarrería (con resultados cómicos no superados) ya no se practica en el reducto de la fiesta de los carnavales apenas tolerada: se traslada a la literatura culta, se exhibe oficialmente, se convierte en sátira del mundo de los sabios y de los hábitos eclesiásticos, asume la función filosófica.

De esta manera, tanto los locos como los personajes más grotescos y malhablados toman un inusitado protagonismo en obras como el *Bertoldo* de Giulio Cesare Croce (1606), *La nave de los necios* de Sebastian Brant (1494) y el *Elogio de la locura* de Erasmo de Rotterdam (1509). Por primera vez, incluso en los libros más serios, se empezaron a registrar de forma natural disquisiciones a propósito de los pedos, las deposiciones, los penes y el sexo más íntimo. El referente fue, sin duda, Montaigne en sus tres volúmenes de *Ensayos* (1580), en los que el filósofo francés alude a su pene como una parte esencial de su identidad («Cada una de mis partes me hace a mí como cualquier otra. Y ninguna otra me hace más propiamente hombre que esta. Débale al público un retrato completo») o aborda sin escrúpulo ninguno en qué condiciones prefiere cagar («De todos los actos naturales es aquel que peor soporto que me interrumpen»).

Los temas escatológicos, incluido el pedo, no quedaron circunscritos a la literatura popular, sino que alcanzaron los géneros más cultos. Un ejemplo es la obra de *L'art de péter* (1751), tratado sobre los pedos escrito por Nicolas Hurtaut, que pertenecía a la Sociedad del Borde del Banco, un salón literario en el que también participaban Voltaire, Rousseau y Diderot; pues bien, el título del capítulo quinto es «Desgracias y accidentes causados por los pedos diptongados. Historia de un pedo que hizo huir al diablo y lo volvió completamente tonto.

Casas liberadas de diablos por la mediación de pedos diptongados. Razones y axiomas». En español, en *Gracias y desgracias del ojo del culo*, Francisco de Quevedo escribía: «Se ha de advertir que el pedo antes hace al trasero digno de laudatoria que indigno de ella».

También se aprecia una notable influencia de este estilo socarrón y escatológico en la obra de Juan Ruiz, el Arcipreste de Hita, que inauguró una tradición en España de glosas y parodias de los textos religiosos que perduró hasta el siglo XVII, con figuras como Lope de Vega y Quevedo. Es así como podemos documentar el uso de palabrotas como *idiota* (siglo XIII), *imbécil* (1524), *zoquete* (1655) y *tarugo* (1386).

Cabe señalar que Cervantes y Quevedo usaban habitualmente en sus textos palabras como *puta*. El primero hace que Sancho Panza apostille: «No es deshonra llamar hijo de puta a nadie cuando cae debajo del entendimiento de alabarle». Quizá por ello Sancho tolera todos los calificativos despectivos que le dedica don Quijote y que analiza Jesús M. Usunáriz, de la Universidad de Navarra, en *Un análisis de los insultos en el Quijote desde la historia social del lenguaje*.

Muchos de ellos se refieren, por ejemplo, a su falta de inteligencia: *necio* (I, 25, 31), *de ingenio boto* (I, 25), *majadero* (I, 30), *simple* (I, 31), *loco* (I, 37), *mentecato* (I, 37; II, 43), *ignorante* (I, 46; II, 43, 66), *infacundo* (I, 46), *prevaricador del buen lenguaje* (II, 19), *pan mal cocido* (II, 28), *bestia* (II, 28, 62), *asno eres y asno has de ser y en asno has de parar* (II, 28), *tonto* (II, 31, 32, 34, 41, 58), *bobo* (II, 32). Y otros tantos insultos aluden a su aspecto físico: *monstruo de naturaleza* (I, 46); *glotón* (II, 20, 66); *vestiglo* (II, 28), *tragón* (II, 62).

El mismo Quevedo, en la obra citada anteriormente llama a Góngora *bujarrón y marrano* y a Lope de Vega *zote, tagarote* (‘el escribano de un notario’) y *necio*, y en sus obras fue dejando perlas como *zamacuco, tuturuto, sansirolé, tolondro o cipote*.

En la reconstrucción del «lenguaje germanesco de los siglos XVI y XVII», el diccionario de María Inés Chamorro (*Tesoro de villanos: Diccionario de germanía. Lenguaje de jacarandina: rufos, mandiles,*

galloferos, viltrotonas, zurrapas, carcaveras, murcios, floraineros y otra gente de la carda), se reúnen 5517 palabras extraídas de textos de Calderón de la Barca, Vicente Espinel, Francisco Delicado, Fernando de Rojas y el Arcipreste de Hita, entre otros. Se trata de una jerga de extra-

HEREGE y heregía. Es nombre griego *αιρεσις*, *haeresis*, vale tanto como opinión, elección, secta, *a verbo αιρουμαι, eligo, volo, excepto*, y tómate en buena y mala parte. Pero en nuestra lengua castellana, y en todas las de los católicos que militan debaxo de la santa Yglesia Católica Romana, siempre significa deserción y apartimiento de la Fe, y de lo que tiene y cree la dicha santa madre Yglesia. Llamavan antiguamente heregías las sectas de los filósofos, como las de los estoicos, peripatéticos, académicos, epicuéreos, etc. *Actorum*, cap. 24: *Confiteor autem hoc tibi quod secundum sectam, quam dicunt haeresim sic deservio Patri et Deo meo*, etc. Pero hoy día este nombre es odioso y infame, y significa falsa y dañada doctrina, que enseña y cree lo contrario de aquello que cree y enseña la Fe de Nuestro Redentor Jesu Christo y su Yglesia. *Vide Directorium Inquisitorum*, 2 par., quaest. I, y allí a Peña, comentario 26. Las heregías que en la Yglesia Católica se avían levantado y extirpado refiere San Isidoro, lib. 8, *Etymologiarum*, cap. 5, fol. 143. Herético, herege. Proposición herética, heretical. *Vide supra erege*.

ordinaria riqueza propia de la vida de rufianes y delincuentes, que contribuyó a la brillantez de la literatura del Siglo de Oro, período en el que Covarrubias no desestimó voces como *puta, ladrón, gafo* o *herege* (sic) para incluirlos en el *Tesoro de la lengua castellana*.

este nombre es odioso
y infame

Entre los autores de la época destaca el conde de Villamediana por el intensivo uso que hacía del insulto y el lenguaje soez, dardos que disparaba contra las principales figuras del reinado de Felipe III. A don

Rodrigo de Tapia, cortesano y consultor de la Inquisición, le dedica estos versos para criticar su necesidad y su deficiente higiene personal:

Don Rodrigo de Tapia el tontivano
no acaba de saber, vana ignorancia,
cuál sea en su coche la derecha mano.
Él es un caballero de importancia
y tiene cierta gracia: que en verano
despide del sobaco gran fragancia.

A modo de resumen, podemos decir que durante la Edad Media el lenguaje soez se hacía presente en los textos de una forma bastante desacomplejada, desde la literatura goliardesca y los libros de caballerías (*Tirante el Blanco*) hasta Chaucer (*Los cuentos de Canterbury*) y Petrarca (*Decamerón*). La tradición se amplificó hasta los grandes

Insultos del Siglo de Oro

Con poca personalidad o finolis	
baldragas	flojo, sin energía
cagalindes	cobarde
tragavirotos	estirado. Según definición de 1611: «los hombres muy derechos y muy severos, con una gravedad necia, que no les compete a su calidad»
petimetre	que se preocupa mucho de mantener la compostura (o el actual posturo). Procede del francés <i>petit maître</i> , 'señorito'
carcunda	retrógrado
tragasantos	santurrón, meapilas
chiquilicuatre	mequetrefe, zascandil, piltrafilla, persona que es poca cosa y desgarbada. (Una palabra que aparece a menudo en la obra de Benito Pérez Galdós).
estafermo	la persona que permanece parada, embobada y carente de acción. (Covarrubias, en su <i>Tesoro de la Lengua</i> , escribe: «Es una figura de un hombre armado, que tiene embraçado un escudo en la mano izquierda y en la derecha una correa con unas bolas pendientes o unas bexigas hinchadas; está espetado en un mástil de manera que se anda y buelve a la redonda. Pónenle en medio de una carrera, y vienen a encontrarle con la lanza en el ristre, y dándole en el escudo le hazen bolver, y sacude al que passa un golpe con lo que tiene en la mano derecha, con que da que reyr a los que miran. Algunas veces suele ser un hombre que se alquila para aquello. El juego se inventó en Italia, y assí es su nombre italiano <i>estafermo</i> , que vale está firme y derecho»).
Sucio o o indigno	
zurcefrenillos	que realiza actividades propias de un insensato
mangurrián	que es poco civilizado, de maneras toscas y rudas
verriondo	que siempre está excitado sexualmente
zascandil	vago, que no hace nada de provecho

De poca inteligencia	
mamacallos	tonto y pusilánime
zurumbático	lelo, atontado
mamerto	tonto
berzotas	ignorante o necio. (En su origen, probablemente, fue un sinónimo de <i>cabrón</i> ('cornudo'); se documenta por primera vez en el refrán «vos a las berzas, yo a la carne», según explica Pancracio Celdrán en <i>El gran libro de los insultos</i> , para denominar a quien permitía que su pareja le hiciera el salto).
botarate	alborotado y de poco juicio
bucéfalo	rudo, estúpido e incapaz. (<i>Boucefalos</i> era el nombre del caballo de Alejandro Magno que, al parecer, era un animal tosco y salvaje que solo se dejaba montar por su dueño, de modo que el insulto procede de este nombre griego).

autores del Renacimiento y el Barroco, tales como Rabelais, Shakespeare, Cervantes o Quevedo. Sin embargo, el primer terremoto del eufemismo no tardaría en llegar y su epicentro iba a estar en el Reino Unido.

1.4. El puritanismo como ascensor social

A finales de la Edad Media y el Renacimiento, se empiezan a observar señales de un proceso en el que iba a ir aumentando la preocupación por la etiqueta y el decoro; inevitablemente, todo lo relativo al cuerpo y a sus funciones se convirtió en tabú. Por primera vez, el umbral del pudor se amplía hasta el punto de que muchos temas que no tenían connotación, en ese momento empiezan a ser considerados impúdicos; es el caso de todo lo relativo a excretar, que pasó de ser un acto aceptado y semipúblico a quedar en la intimidad de una habitación cerrada.

Los primeros brotes de puritanismo surgieron dentro del ámbito de las creencias religiosas. El caso más manifiesto fue el del calvinis-

mo, movimiento protestante rechazado tanto por la Iglesia católica como por la anglicana, que se había implantado en Francia, los Países Bajos, Escocia y Suiza, y que se extendió por Europa y viajó a América del Norte con los emigrantes europeos. Así es como Bill Bryson, en *Shakespeare* habla de ellos y su profunda aversión hacia los puritanos:

(...) detestaban el teatro y solían culpar a las salas teatrales de todas las calamidades habidas y por haber (...). Los teatros, con sus lascivos juegos de palabras y sus travestismos, eran según ellos nidos de prostitutas y personajes indeseables, un caldo de cultivo de enfermedades infecciosas, una distracción de la fe y una fuente insalubre de excitación sexual.

Como nos recuerda Ruth Wajnryb en *Expletive Deleted*, antes de la Edad Media, «las partes del cuerpo y las funciones corporales se aceptaban como algo normal y se las mencionaba con total libertad». Sin embargo, tras la aparición del protestantismo, empezó a cambiar el concepto de la relación del individuo con Dios y las «malas palabras» relacionadas con las partes del cuerpo y las funciones corporales adoptaron una carga semántica más virulenta y ofensiva.

Este puritanismo fue extendiéndose a la sociedad en general, y se vinculó a los buenos modales y a la rectitud moral. Fue particularmente profundo en la época victoriana en el Reino Unido, a principios del siglo XIX, cuando llegó a considerarse de mal gusto mencionar los pantalones, sobre todo si era delante de una dama. Para evitar la palabra, se empezaron a usar eufemismos como *inefable*, *indescripible*, *innominable* o el comodín *etcétera* (sí, era preferible en los círculos más refinados decir esto antes que *pantalón*). Los expurgadores de palabras obscenas se centraban, sobre todo, en las referidas al cuerpo y al sexo y podían ir desde la ramera de los poemas de Alexander Pope hasta el útero de los de Walt Withman. Los ojos rehuían posarse sobre las partes pudendas y las palabras hacían lo propio.

Acerca del cuerpo había tantos tabús que resulta sintomático que el crítico de arte y escritor John Ruskin nunca hubiera visto el cuerpo desnudo de una mujer antes de su boda y que siguiera sin hacerlo hasta pasados seis años de sus esponsales. Como experto en arte y gran observador de la naturaleza y de los detalles del paisaje choca que no tuviera ni idea de cómo eran los pechos o la vagina de una mujer, y que lo que más aborreciera de su esposa fuera el vello púbico.

co, quizá, como sugieren algunos historiadores, porque solo estaba familiarizado con las formas idealizadas que plasmaban las estatuas griegas y romanas.

No era un caso aislado; en esa época la sola visión del cabello se percibía como una provocación sexual, así que ¡qué decir del vello púbico! Una melena larga y suelta pasó a ser símbolo de sensualidad salvaje y, en consecuencia, las mujeres castas o casadas debían recogerse pudicamente. El cabello, de hecho, era un símbolo tan femenino y sexual que llegó a constituir todo un código de comunicación. Si se llevaba largo y suelto se insinuaba coqueteo o disponibilidad; recogido enviaba el mensaje de que se trataba de una mujer casta o casada. Su protagonismo en la comunicación no verbal se valió también de rizos, lazos para adornarlo y recogerlo, y elaboradísimas técnicas y adornos a base de joyas, plumas y otros dijes.

El sexo y, sobre todo, el placer a él asociado, se fue convirtiendo en algo tan ajeno a la vida cotidiana que adquirió una aureola de animal mitológico que nadie se atrevía mencionar y, mucho menos, a perseguir. Todo lo relativo a lo lúbrico, pues, se enmascaraba bajo capas y capas de eufemismos y cansinos circunloquios, y la ignorancia alrededor del sexo era tan densa que aparecieron inauditas leyendas refrendadas por personas instruidas o expertas en medicina. Eran patrañas tan increíbles como que un bebé se parecía al cónyuge que hubiese tenido el orgasmo más intenso al concebirlo o que una criatura tendría la espalda torcida si el coito había tenido lugar en una escalera.

En ese ambiente general, la prostitución, con su carácter subterráneo y «esquinado», se convirtió en un desahogo sexual, pero también moral. Las casas de citas y los prostíbulos permitían, al menos por un tiempo, desembarazarse del encorsetamiento reinante, como un bar clandestino en la época de la ley seca. Si exploramos las definiciones de Francis Grose de algunas palabras tabú en su *Classical Dictionary of the Vulgar Tongue* (1785), podemos descubrir algunas de las prácticas sexuales más escandalosas en la vida cotidiana, y que seguramente las prostitutas realizaban por unas cuantas guineas. Por ejemplo, *to bagpipe* ('hacer la gaita') que es el equivalente a hacer una felación se define como «práctica lasciva demasiado indecente para ser explicada». Por su parte, *gamahuche*, que deriva del francés con el significado 'boca en los genitales', se usa para referirse a la felación o al cunnilingus, indistintamente. Se describe *tongueing a woman* ('lengüetear

a una mujer’) como «poner la lengua dentro de la boca de la mujer», una práctica considerada desviada en la época, ya fuera en su boca como en su vulva.

Las mujeres decentes, por su parte, debían abordar la sexualidad o su libido como si fuera una patología. Por eso en aquellos años nació la «histeria femenina», cuyos principales síntomas eran el dolor de cabeza, el insomnio, la irritabilidad, la falta de apetito y... un deseo sexual que debía ser expulsado del cuerpo de la forma más fría y mecánica, como si se curara un resfriado. Fue así como los propios médicos empezaron a estimular los genitales femeninos en las consultas para que la mujer tuviera un orgasmo que restableciera su equilibrio fisiológico. Al principio, este alivio lo realizaba manualmente el propio médico, pero más tarde, en 1870, el médico británico Joseph Mortimer inventó el primer vibrador electromecánico en forma de pene para así evitarle al médico la engorrosa necesidad de tocar a las mujeres que acudían a la consulta. Con aquel ingenio se aseguraba que cualquier paciente se liberaba a través del orgasmo en apenas diez minutos. Los consoladores, irónicamente, se consideraron como instrumental médico y no juguete sexual; así es como Grose define *dildo*: «un implemento, parecido al miembro viril, con el que se dice que es sustituido, por monjas, chicas de internado y otras personas obligadas al celibato o temerosas del embarazo». También es cierto que Grose, si bien muestra ser un gran conocedor de esa herramienta, niega cualquier conocimiento de primera mano de ella y acaba definiendo *cunt* (‘coño’) como «un nombre desagradable para una cosa desagradable». Aunque más desagradable debieron de parecerle otras cosas, pues para mencionarlas recurría al *etcétera victoriano* (las *fart-leberries*, algo así como ‘pedos de frambuesa’ o nuestros *tarzanetes*) y decía que eran «residuos de excrementos que cuelgan de los pelos del ano, etc., de un hombre o una mujer».

El latín, con su irreprochable reputación como lengua de cultura entre los exquisitamente educados, se usó de nuevo en inglés para referirse a lo que no podía mencionarse con un vocabulario ya tan connotado. En el caso de las funciones corporales, se popularizaron *defecate* (‘cagar’), *osculate* (‘besar’), *expectorate* (‘escupir’) o *perspire* (‘sudar’). Sí, incluso sudar estaba mal visto en boca de quien hubiera recibido una buena instrucción, como recoge esta edición de 1871 del *Gentleman’s Magazine*:

Es bien sabido que, desde hace algún tiempo, ni el hombre ni la mujer ni el niño han estado sujetos a este tipo de exudación grosera que antiguamente se conocía con el nombre de sudor.

También gracias al latín, el explorador y escritor del siglo XIX sir Richard Francis Burton sorteó la censura victoriana para publicar *The Kama Sutra* (1883) o *The Book of the Thousands Nights and a night* (1883-1888), según explica Edward Rice en su biografía.

Aquel cambio de paradigma del decoro se dio, seguramente, gracias al florecimiento de la burguesía. El acceso a la educación y al trabajo permitían eludir la condena a permanecer para siempre en la clase social de nacimiento y se pudo pasar así de una sociedad con una jerarquía rígida (los terratenientes y los caballeros [los que luchaban], los miembros del clero [los que rezaban y estudiaban] y los campesinos [los que trabajaban]) a una estructura social con vasos comunicantes gracias a la revolución industrial. Por primera vez, las máquinas —que ahorraban trabajo y hacían posible el tiempo libre— y el comercio internacional permitieron que aumentara el número de personas que veían que se incrementaba su poder adquisitivo. El lugar que le correspondía a cada cual ya no venía dado solo por su nacimiento o el color de la sangre, sino por su fortuna.

Este sistema, que acabaría llamándose «sistema de clases», aunque no dejaba de ser jerárquico (superior, medio y bajo), permitía ascender o descender con cierta facilidad por él. De abajo arriba podía ascender aquel que había conseguido más poder, riqueza e influencia; y, de arriba abajo, podía caer el comerciante que se arruinaba y descendía directamente desde la clase media a la baja. Muchos de los miembros de las clases altas procedían de familias con títulos ancestrales y disponían de tierras y era raro que perdieran su estatus. Sin embargo, las clases medias podían descender a la clase baja de la noche a la mañana por culpa de una mala racha; esa precariedad las obligó a apuntalarse en su posición fomentando una cierta impostura, pues ya

no bastaba con poseer cierta riqueza, sino que había que hacer ostentación de ella en la ropa, la vivienda y los modales. Esa fue la estrategia que la burguesía aplicó para desmarcarse de las clases bajas y establecer vínculos sólidos con sus colegas de clase e, incluso, para llamar la atención de las clases altas.

Así fue como, progresivamente, cultivar ciertos comportamientos y hablar de cierta manera acabaron ligados al estatus. La manifestación más conspicua fue la adopción de complejos códigos de cortesía, acompañada de la necesidad de encontrar nuevas maneras de referirse a las cosas que se consideraban poco elegantes. Desde la perspectiva actual, diríamos que se inició una suerte de carrera armamentística en la que participaban la clase alta y la clase media, por un lado, y, por otro, los integrantes de los estamentos inferiores que aspiraban a subir en el ascensor social. Así, si nacía un eufemismo que era asimilado por una clase inferior, la clase superior debía entonces buscar otro para sustituirlo. Todo ello condujo a una transformación del lenguaje, de tal manera que el tabú iba recibiendo denominaciones cada vez más indirectas en una escalada del conflicto sociolingüístico.

1.5. Del *fuck* al *nigger*

En el siglo XIX aparece un nuevo tipo de insulto que hoy en día consideramos muy ofensivo: el insulto racial y étnico. Es cierto que Shakespeare ya se había burlado de la supuesta inclinación de los galeses hacia los puerros, así como de los franceses y de lo mal que pronunciaban el inglés, pero, en general, encontramos pocas injurias étnicas. En la primera edición del *Oxford English Dictionary*, en 1879, no aparecen los términos equivalentes a *coño* o *mierda*, pero no se obvian los términos despectivos sobre la raza. Sin embargo, a medida que viajar se hace más asequible y se facilita el intercambio con personas de otros países, se puede caer en la idea de que la lengua y la cultura propias son mejores que las foráneas, de modo que los insultos al otro, o los dirigidos al que es distinto, adquieren mayor fuerza emocional, sin llegar a revestirse de un matiz ruin o gravoso. Fue en el transcurso del siguiente medio siglo cuando la sociedad en su conjunto empezó a condenar su uso y se transformaron en injurias inadmisibles en el contexto formal.

Poco a poco, la carrera por la corrección llegó a su fin y fue sustituida por un regreso paulatino a la blasfemia y, sobre todo, a los términos sexuales o referidos a partes del cuerpo. Es curioso que conservemos en unos discos de cera, como producto de la serendipia, una prueba sonora de cómo se hablaba en 1885. Se trata de la primera grabación

Esta grabación ha sido realizada por los señores Summer Tainter y H.G. Rogers. Es once de marzo de 1885. ¡Aaahhh! ¡¿Qué tal así de volumen?! Mary tenía un corderito, de pelo negro como el carbón; y allá donde fuera Mary... ¡Ay, joder!

de la historia y, casualmente, incluye una palabrota. El laboratorio Volta de Washington, fundado por Alexander Graham Bell, estaba experimentando con unos discos de cera sobre los que una aguja grababa físicamente las vibraciones del sonido que se capturaban con un rudimentario micrófono. Pues bien, en uno de los seis discos que se conservan, quedó registrada la voz

de uno de los técnicos del laboratorio que tararea la canción popular «Mary had a little lamb» (‘María tenía un corderito’). De pronto, debido a algún fallo mecánico, se oye un «Oh, fuck!» (‘¡Ay, joder!’).

Las dos guerras mundiales infundieron un estado de ánimo en el que el decoro en la expresión oral dejó de ser tan importante como en épocas anteriores. Era así hasta el punto de que la manera de hablar serviría como catarsis, como aquella canción popular de la Segunda Guerra Mundial «Fuck ‘Em All» (cuyo estribillo dice «a la mierda, a la mierda todos»); también podía ser una acción de protesta, como vemos en muchas manifestaciones contra los Gobiernos. Esa tendencia se aceleró a partir de la década de 1960, con el nacimiento de los movimientos antisistema, y, partiendo de los Estados Unidos y el Reino Unido, se extendió a prácticamente todo el mundo occidental, de manera que abarcó tanto los movimientos por los derechos civiles y la libertad de expresión como el pacifismo, el feminismo, el ambientalismo y la liberación sexual.

Con el aumento de las sentencias judiciales que pusieron en entredicho las leyes contra la obscenidad, la pérdida de influencia de la Iglesia en la vida de los estadounidenses y la pujante relevancia de la cultura negra, a principios del siglo XXI, el lenguaje se ha adaptado ya a una realidad muy diferente: la mayoría de nosotros estamos acostumbrados a ver y a hablar de cuerpos desnudos y de actos sexuales íntimos; los medios de comunicación abordan temas obscenos; y ya

no sentimos miedo de ofender a supuestas figuras divinas (si dejamos de lado cierta atrición por parte de algunos colectivos). Por primera vez la palabra más estigmatizada en inglés ya no es *fuck*, sino que ha sido sustituida por *nigger* ('negrata').

Este nuevo enfoque ha ayudado a que se vaya gestando, poco a poco, una nueva ola de puritanismo aún más profundo que el de la era victoriana, un tsunami llamado *neopuritarismo*, justo después de que, por fin, en 1975, Camilo José Cela consiguiera que el *Diccionario de la Real Academia Española* incluyera palabras malsonantes que empleaba de manera alegre y desenvuelta Quevedo tres siglos antes.